



editorial



¿Literatura infantil o, simplemente “dame un libro bueno y rico, no importa si el autor a Scuperfield o a Bob Alicón Pedagójic, o algún otro de esos sabios que creen que los niños son idiotas o sacos a llenar para convertirlos en bultos que apuntalan la sacrosanta historia sin figurar en ella, mientras me pasa esta amigdalitis, que yo después me las arreglo solo”?

Nada que haya caracterizado con todas las de la ley y al margen de la misma al siglo pasado, y a lo que va del presente, que el afán más que de definir el de clasificar y poner marbete y botellita o parcelar y limitar a todo, el de querer encerrar hasta los gestos y los actos en géneros, subgéneros, ramas, sistemas, divisiones, extensiones, niveles y rangos y pare de contar que si no caemos en los mismo. ¡Qué viva la taxonomía!

Siempre, y ahora viejo más que nunca, desconfié de tanta teoría que intentara ser irrefutable, que quisiera dejar de lado todo pensamiento contrario e incluso cercano pero que en algún punto disiente. Además de ser lo único irrefutable, la muerte tampoco tiene fórmula y todos morimos de distinta manera, lo que prueba que no hay inamovibles, destinos únicos ni marbetes válidos, ni siquiera aquellos que ostentan en su pulgar derecho quienes de la gaveta quirófano y viceversa sirven y para que la ciencia médica, esa que nos repara pero no nos hace inmortales, como dice la niña de mis ojos, avance.

Novela y antinovela y dentro de ellas la negra, la histórica, la rural, la urbana, de violencia, la de amor, la de guerra, la de ciencia ficción, la de narcos, la de terror, la de horror, la de viajes, la erótica, la pornográfica, la de época y las mil y una que inundan artículos, simposios, congresos, conversatorios (palabreja horrible por demás), ferias y fiestas del libro. Y eso para no hablar de poesía donde además de la consabida antipoesía y lo ya enumerado hay que agregarle la testimonial, la colombiana, la universal, la regional, la nueva, la joven, la femenina, la mística, la confesional, y otras mil y una, cada cual con su profeta, su exégeta, su detractor o su abogado, casi siempre de oficio. Eso para no hablar sino de dos tópicos. Ahora resulta que ni la literatura en sus diferentes vertientes y cordilleras escapa al ya mentado afán.

Sumemos o restemos da igual, pero hagámonos preguntas o mejor una pregunta: ¿Dentro de la literatura se puede hablar de infantil, para niños, la segunda edad, la tercera, la cuarta o la quinta si es que existen?

“Paren el mundo que me voy a bajar”, decía una canción de mis épocas de pantalón corto y rodillas rotas, cacería de lagartijas, columpio, machín-machón, sacada de hormigas culonas con espejo, salto de lazo con las vecinitas y las primas, gambetas y tângaras,

La Tercera Orilla
No. 17 de diciembre de 2013
ISSN 2145-7190

Una publicación del programa de Literatura modalidad Virtual de la UNAB.

Rector:
Alberto Montoya Puyana

Vicerrectora Académica:
Eulalia García Beltrán.

Vicerrector Administrativo:
Gilberto Ramírez Valbuena

Decano:
Santiago Humberto Gomez Mejia

Directora del programa:
Yaneth Lizarazo Ortega

Directora Unab Virtual:
Claudia Patricia Salazar Blanco

Director:
Carlos Arnulfo Arias Mendoza

Ilustraciones y Diseño:
Jose Pablo Serrano Silva y María Paula Martínez Ospina*

josepablo.serrano@gmail.com

* Excepto donde se indica el autor

que no sé muy bien cómo se fueron yendo hasta ser relegados en el cuarto trasero de la nostalgia. Por esas calendas doña Elvira y las demás maestras de mi escuela, Beatriz, Marina, Lola, Mercedes y Carola, me contaron de los hermanos Grimm y de Andersen, de Hansel y Gretel, de Simbad el marino, de El Flautista de Hamelin. En el Tesoro de la Juventud la historia de Patroclo ocupó espacio entre las gambetas y “policías y bandidos”, juego en el que siempre me alineaba en los segundo y casi siempre me mataban a traición. Mi padre me regaló las Rimas de Becquer, la chica que atendía la Biblioteca Municipal, a la una vez descubrí que, al dejar lo abierto sobre su escritorio, cargaba una pistolita cromada con cachas de nácar, pero no por ello, aunque con gran temor, dejé de mirarle la torneadas piernas en todo su esplendor cuando las cruzaba en carabina, me prestaba los tomos de Espasa Calpe para llevármelos a casa y allí descubriría poco a poco la geografía del mundo. Todo eso así revuelto, sin ninguna teoría, paradigma o cháchara, tal vez porque no la había o porque de pronto no había adquirido la importancia que le dan ahora. El resto, para hacerme lector fue curiosidad ganas y biblioteca.

Me ha entrado la ligera sospecha que detrás de todo esa clasificadora, criticadera y pontificado, en cuanto literatura atañe, están todas y cada una de las editoriales, ayudadas ciegamente por los maestros a los que las editoriales de alguna manera compensan a la hora de exigir libros y los escritores que trabajan para las editoriales que promueven sus libros, con la abierta esperanza de quitarse el público a punta de sombrerazos disfrazados de promoción de lectura.

Así que viejo, aunque no tanto como para dar consejos, me atrevo a insinuarte que debes confiar en que eres buen lector y dale a tu hijo, a tu hija, a tus hijastros o las hijas de esa buena amiga o amigo, los libros que te hubiera gustado que te invitaran a leer y no des tanta importancia a los psicopedagogos que detrás de los escritorios pretenden conocer a ultranza los secretos de los locos bajitos, como llama Serrat a los hijos que “a menudo se nos parecen y no podemos impedir que crezcan y que se equivoquen”, al fin y al cabo sobrevivimos, no?

